

Deambular a lo largo de las líneas

Tim Ingold
Líneas. Una breve historia
Gedisa. Barcelona. 2015.

Tania Helen Thomas*
Escuela Nacional de Antropología e Historia

Para la quiromancia el destino está escrito en las líneas de las manos. Si concedemos a tal premisa, no es casualidad que Tim Ingold, antropólogo y violonchelista, hijo de un biólogo, británico casado con una mujer finlandesa y radicado en Escocia, dedique buena parte de sus reflexiones a cuestionar las divisiones tajantes entre los diversos ámbitos en que solemos definir el mundo y la vida, la ciencia y el arte, la naturaleza y la cultura, dicotomía esta última que es uno de los sustentos epistemológicos principales de la antropología.

Para este autor la labor de la antropología es “reunir sabidurías”, por eso tampoco sorprende que emprenda estudios comparados en los que se apuesta a la búsqueda de similitudes, de constantes, de aquello que trasciende la diversidad cultural, aunque partiendo de ella. “Una cosa es describir la vida de las personas que viven en determinado lugar, en determinado momento; otra muy distinta es investigar las posibilidades de ser y llegar a ser en el mundo que todos habitamos. Etnografía es lo primero, antropología lo segundo”, señala Ingold en una entrevista.¹

Quizá en su tendencia a recorrer palmo a palmo los terrenos teóricos en los que se adentra con meticuloso orden, pero sin dejar de transitar las veredas que se abren por los costados del camino, se encuentre la respuesta del porqué esta vez Ingold se ocupa de las líneas: observar y caminar (entre muchas otras actividades) tienen en común hacerse mediante líneas, asegura él; reflexionar y construir conocimiento antropológico, sin duda también. Lo que propone en su más reciente libro es una antropología comparativa de la línea que, a decir del autor, no es más ni menos que el

* taniacampos@hotmail.com

¹ Disponible en: <http://www.latercera.com/noticia/tim-ingold-la-vida-entre-lineas/>.

estudio de la vida: “la ecología es la vida de las líneas”, aseguró en aquella entrevista.

Con *Líneas. Una breve historia*, Ingold se acerca por primera vez al tema. Pero ser primicia, en su caso, no significa que sea sinónimo de superficialidad, así como no por tratarse de las líneas su reflexión es lineal; todo lo contrario: “del habla a la canción, de ésta a la música y a la notación, a la escritura y a la caligrafía, hasta los laberintos, las constelaciones, las cuerdas y sus nudos. La línea no tiene fin y pocas veces su trayecto es recto”.

Los caminos que emprendemos los seres humanos en la construcción del mundo que habitamos se construyen durante el proceso; las incursiones mediante las que buscamos conocer este mundo, también (cada método es un camino, nunca el único; siempre hay nuevos senderos que recorrer). Y es precisamente la intención de abrir una nueva senda lo que motiva a Ingold: su propósito con este libro es el de inaugurar una línea de investigación, una antropología de las líneas.

No obstante, esta intención nació dentro de un proceso en el que inicialmente no había sido proyectada: Ingold pretendía únicamente responder a la invitación que recibió para dar una conferencia dentro de un congreso que tuvo lugar en 2003, disertando sobre las diferencias entre el habla y la canción. Una cosa condujo a la otra. En el primer capítulo, “Lenguaje, música y notación”, el autor se ocupa de manera acuciosa de estos ámbitos, encontrando entre ellos relaciones significativas.

La historia de la música en Occidente permitió a Ingold constatar que hubo un proceso mediante el cual la música se quedó sin palabras y el lenguaje fue silenciado. El siguiente puente que tiende va de la oralidad a la escritura, “de la boca a la mano, de las declamaciones vocales a los gestos manuales y a la relación de estos gestos y las marcas que deja sobre diversos tipos de superficies”, explica [2015: 16). Sus reflexiones se encaminan en consecuencia hacia las líneas, su relación entre ellas y las superficies sobre las que se plasman.

En el segundo capítulo, “Trazos, hilos y superficies”, el autor explica cómo a partir de una taxonomía provisional de las líneas fue arribando poco a poco al terreno de la palabra escrita; esta incursión derivó en el análisis de nuevas conexiones entre lo que llamó *hilos* (que no se inscriben en una superficie) y *trazos* (que, por el contrario, no existen sino sobre una superficie). Se interesa también por la relación entre el dibujo y la escritura, el gesto que permite el trazo y la línea que se arrastra mediante un lápiz, los pliegues y las grietas en los objetos, pero también aquellas que marcan las palmas de nuestras manos y nuestros rostros.

Conforme el trazo de su análisis se vuelve complejo, conduce a la

reflexión en torno a la línea recta como icono de la modernidad y a su fragmentación en la posmodernidad. Pensar las líneas, asegura el autor en una entrevista con la editorial Gedisa,² implica pensar al mismo tiempo sobre tres elementos presentes en la relación de los seres humanos con el mundo que habitamos: el movimiento (cómo nos movemos), el conocimiento (cómo conocemos) y la descripción (cómo describimos). Lo que interesa a Ingold es el proceso, más que el arribo; las líneas, más que los puntos de inicio y llegada.

Como corresponde a sus intenciones, la narrativa en este libro es la de quien busca que los lectores conozcan el camino que se recorre, al tiempo que se conoce cómo fue recorrido. Sin duda, no es una línea recta la que este autor describe cuando muestra el entramado de sus reflexiones: su propuesta no es para nada la de estudiar linealmente las líneas, sino la de seguir las en sus múltiples formas y permitirnos deambular, en lugar de establecer puntos específicos de llegada en los que el recorrido no tiene cabida como parte de la construcción del conocimiento.

En el sentido de lo antedicho, cabe apuntar, *Líneas. Una breve historia* es también ejemplo de un análisis realizado según los fundamentos de la investigación social cualitativa, en particular, de la llamada reflexividad que implica un modo de conocer en el que no se sigue un camino recto, sino uno cuya representación gráfica sería más bien espiral y complejo, y donde la condición que rige es la replicabilidad de las investigaciones, por lo que es imprescindible describir el método que se ha seguido en ellas.

Es la modernidad occidental la que determina nuestra tendencia a poner en un segundo plano la conexión entre los puntos, es decir, la línea, su trayecto, el proceso que ésta implica, el movimiento que suele no ser recto (hay bucles, curvas, líneas que se bifurcan, líneas fantasmas) y las superficies que incluso pueden hacerse junto al entramado (el texto tejido, por ejemplo) o usarse de un modo distinto al habitual (el cuerpo como lienzo). A diferencia de otras culturas, la sociedad moderna occidental camina aparentemente en línea recta, adoptando como valores primordiales la rectitud y la verticalidad.

La desviación a esta disposición, que suele ser de forma ascendente entre dos puntos que se unen rectamente (atendiendo a la noción de Euclides), es la que se ubica en nuestras sociedades fuera de la norma: el errante, quien se desvía del camino, lo mismo en términos literales que metafóricos; andar "Sobre, a través y a lo largo", como se titula el tercer capítulo, es lo que hace la diferencia.

² Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=6G1gs5Am5SY>.

Mapa y territorio no son la misma cosa, ya lo sabemos: el mapa guía, mientras que el territorio es poblado, habitado; entre los puntos que ubicamos espacialmente hay trayectos que recorrer, o mejor, sobre los que hay que deambular: “para entender cómo hace la gente para poblar y no sólo ocupar los entornos en los que mora es mejor volver al paradigma del ensamblaje al paseo”, asegura [2015: 111]. El conocimiento, nos dice el autor, “avanza a lo largo, no sobre”, es decir, los puntos espacialmente localizados son referencia pero nunca trayecto; por eso es que hay también una enorme diferencia entre deambular y ser transportado (de un sitio a otro; por ejemplo, en avión).

Los seres humanos marcamos nuestro entorno, lo delimitamos (en el caso de Occidente, sobre todo mediante líneas rectas y verticales; en otras culturas con líneas circulares o espirales, grecas o bucles infinitos). Pero no vivimos el mundo en puntos preestablecidos: “deambular es el modo fundamental en que los seres vivos, tanto animales como humanos pueblan la tierra [...] el poblador participa desde dentro en el proceso continuo de venir al mundo [...] dejando un itinerario vital contribuye a su trama y su textura” [2015: 119].

El entorno de las sociedades modernas metropolitanas occidentales está “pensado y construido expresamente para el trabajo”; es esto quizá lo que conforma el mayor dilema de sus habitantes, el tener que habitar dentro de ese espacio aparentemente cerrado; sin embargo, “las estructuras que lo confinan, encauzan y contienen, no son inmutables [...] La vida nunca podrá contenerse; sus hilos siempre encontrarán un modo de abrirse camino a través de las fronteras [...] El entorno no consiste en las inmediaciones de un lugar delimitado por fronteras sino en una zona en la que distintos caminos se enmarañan por completo” [2015: 147-148].

Ingold se pregunta cómo fluye la vida sobre las líneas, es por esa razón que en el cuarto capítulo, “La línea genealógica”, se ocupa de una de las formas en las que habitualmente los antropólogos hemos graficado el parentesco. No son las líneas las que aparecen en los diagramas genealógicos que elaboramos lo primordial, sino las conexiones entre puntos determinados: estos diagramas, señala el autor, se construyen como un ensamblaje de líneas conectadas, pero su verdadera orientación es inmaterial: la del linaje que es ruta donde la historia de los personajes se narra a través de ellos y no condesados en fragmentos, ubicados “con su vida entera comprimida en una única posición dentro de una cuadrícula genealógica de la que no hay escape” [2015: 159]. La propuesta de Ingold en este rubro es la de pensar la historia de la vida con un final abierto, “en términos de interrelación narrativa de vidas presentes y pasadas, y no de una trama de conexiones entre

individuos únicos y cerrados en sí mismos” [2015: 168].

Es en el quinto capítulo, “Dibujo, escritura y caligrafía”, donde Ingold retoma la escritura, esta vez en relación con el dibujo y, por supuesto, con el resultado que tal asociación evoca irremediablemente, la caligrafía: dibujar las letras. Aquí el autor se ocupa de la distinción que hay entre la letra escrita a mano y aquella que es impresa, del desarrollo de la escritura y de sus herramientas. Así como la música fue desvinculándose de la verbalización y el lenguaje fue encontrando en el silencio uno de sus nichos preferidos (cuando leemos silentes, por ejemplo), el grafismo se despojó del arte para volverse técnico y lineal.

Aparece aquí la paradoja: “¿cómo puede la línea ser no lineal y la no-línea ser lineal?”; la respuesta está, asegura Ingold, en la fragmentación de la línea, los puntos que acaparan la atención en la posmodernidad: la línea de puntos resultante de la evolución en las sociedades occidentales, donde la línea dejó de ser el trazo de un gesto para derivar en una cadena de conexiones punto a punto, es decir, donde la línea se hizo recta y fue “linealizada”. En estas conexiones, es enfático el autor, “no hay vida ni movimiento [...] La linealización no señala el movimiento sino la muerte de la línea” [2015: 209].

En el último capítulo, “De cómo la línea se hizo recta”, Ingold atiende de manera específica la omnipresencia de la línea recta en las sociedades occidentales. Es de tal importancia dentro de nuestra cultura esta rectilinealidad, por llamarla de alguna manera, que asegura Ingold que incluso “llega a connotar una condición moral”, propia del pensamiento dualista: hay líneas rectas y las que no lo son, el resto de las posibilidades queda por fuera de esta categorización. En la modernidad la línea recta ofrece “razón, certeza, autoridad, un sentido de dirección” sobre el cual discurrir en todo sentido [2015: 230].

En la posmodernidad esta línea se ha fragmentado, el cuestionamiento en torno a la rigidez y a la noción verticalizada de todos estos valores da como resultado la emergencia de la línea fragmentada, icono poderoso de la posmodernidad que avanza en una “reversión a la línea sinuosa del deambular”, ya no sobre el mundo, sino a través de él, abriendo “caminos transversales [...] de un punto de ruptura a otro [...] no son localizaciones sino dislocaciones, segmentos fuera de su juntura [...] La línea del vagabundeo, efectuada a través de las prácticas de habitar y de los enrevesados movimientos que implican es tópica” [2015: 231].

La invitación de Ingold en este libro es tentadora: una antropología que deambula, que abre brechas, no como atajos, sino como el modo más abarcador de pensar el mundo occidental: reunir los cabos sueltos y reconstruirlo

“escrito a mano”. Ésta es sin duda una postura fenomenológica en la que el interés por conocer el mundo se ancla en la intención primera de habitarlo. Este maravilloso texto de Tim Ingold no finaliza con un apartado de conclusiones: congruente con su propuesta no considera ni siquiera la posibilidad de establecer un final definido, del cual, por supuesto, carecen las líneas, pues su propósito es el de abrir (en sus palabras) “forzar una apertura”, dejando cabos sueltos a la espera de que otros antropólogos los sigan a su manera.

Igual que la vida, la línea no tiene fin, lo importante no es el destino al que hemos de arribar sino lo que sucede a lo largo del camino que emprendemos. “Las líneas no tienen un final definido y esa indefinición —en vidas, relaciones, historias y procesos de pensamiento— es lo que he querido celebrar”, resume el autor la intención de esta obra [2015: 234]. Tim Ingold insiste en la invitación a continuar el estudio de las líneas que abre con esta breve historia y, a manera de guiño a sus lectores, su última frase se escribe en cursivas (de la letra impresa la menos rígida y vertical): *“dondequiera que estés, siempre hay algún sitio más alejado al que puedes ir”*.